

SEMBLANZA DE OTRO... "CENTENARIO": FEDERICO GARCÍA LORCA

Gumersindo Díaz Lara

El año 1898, cuyo centenario se cumple, marca el fin del imperio que levantara siglos atrás el emperador Carlos I. Tras una guerra con los Estados Unidos de América se pierden definitivamente los últimos territorios de dicho imperio: Cuba y Filipinas.

En íntima unión con este hecho, 1898 da también nombre a un grupo literario, cuya conciencia y cuya obra arrancan precisamente de la visión que tienen de una patria vencida. Miguel de Unamuno, Antonio Machado, Ramón Menéndez Pidal, Azorín, Pío Baroja, Ramiro de Maeztu,... hablan casi exclusivamente de España en busca de los errores del desastre y de los posibles remedios y, en el centro de todo, Castilla y su paisaje.

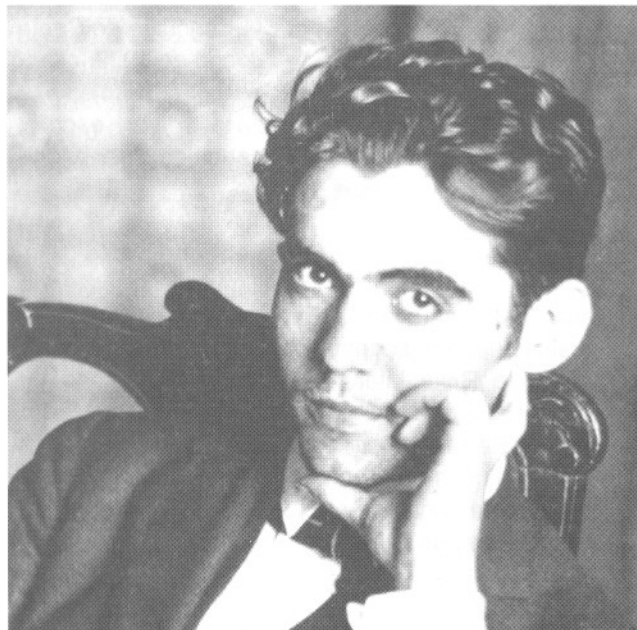
Pero no es en este centenario en el que me quiero centrar, pues la efemérides es lo bastante importante y atractiva como para que otros, sin duda con muchísima más autoridad que yo, la estudien, la glosen, la desmenucen, la mitifiquen,...

El 5 de junio de 1898 nace Federico García Lorca en Fuentevaqueros, un pueblecito de la vega de Granada, la tierra del tiempo detenido, abierta a todos los siglos y culturas. Se cumple, por tanto, el centenario del nacimiento de alguien sobre quien, tanto sus biógrafos como sus amigos íntimos, se han formulado repetidamente una inquietante pregunta que ya nadie, ni siquiera el tiempo, podrá responder: ¿Qué hubiese sido de Federico García Lorca si, en vez de morir en los comienzos de la Guerra Civil Española, hubiese seguido viviendo?

Algunos de los que le conocieron a fondo se han aventurado a pensar que Federico, con el paso del tiempo, se habría dejado llevar definitivamente por su pasión por la música, apartando a un lado sus facetas de poeta y autor dramático. Es, sin duda, un enigma más de su troncada biografía. Pero recordemos, aunque sea a vuelapluma, su inquieto ir y venir como un ave llena de colorido por las distintas manifestaciones artísticas.

Federico músico

La vocación musical es temprana en Federico. Hacia los diez años, la familia García Lorca se ha trasladado a vivir a Granada. Ahora Federico sólo tiene una obligación: estudiar. Pero no es precisamente un alumno ejemplar: únicamente le interesa la música y sueña con



ser compositor y marcharse a París. Cada día, cuando vuelve del colegio a su casa, graba en sus entrañas las melodías que salen de los "cantaos" de las tabernas, el sonido del agua de las fuentes,...: "Granada está hecha para la música, porque es una ciudad encerrada".

Pero, por ahora, se tiene que conformar con el permiso que le han dado sus padres para ir al conservatorio, donde recibe clases de piano y composición. Además de llegar a interpretar magistralmente al piano a Schumann, Beethoven, Mendelssohn, Debussy, Albéniz,... Federico bucea a fondo en lo más antiguo y enraizado del cancionero andaluz, y armoniza canciones populares transmitidas de generación a generación por tradición oral. Algunas de estas canciones, como *Las morillas de Jaén*, *Sevillanas del siglo XVIII*, *El Café de Chinitas*, *Nana de Sevilla*, *Los pelegritinos*, *Romance de Don Boyso*, *Los reyes de la Baraja*, *La Tarara*... figuran en la discografía de voces tan prestigiosas como la de Teresa Berganza.

Poco después, Federico se hace asiduo visitante del Café de la Alameda, donde, además de que a diario se dan conciertos de música clásica, hay unas cuantas mesas conocidas como el *Rinconcillo* en las que se reúnen un grupo de intelectuales granadinos. Por allí pasan Melchor Fernández Almagro, Manuel Ángeles Ortiz, Fernández de los Ríos, don Manuel de Falla,... Sí, el músico español Manuel de Falla que, aunque no es gra-

nadino, se ha trasladado a vivir a Granada con una hermana suya.

En el *Rinconcillo*, en donde entablan una profunda amistad Federico y Falla, se turnan al piano, en la cálida



conversación y hasta llegan a tramar algún proyecto juntos, como el Concurso de Cante Jondo de 1922, cuando ya Federico empieza a ser un escritor conocido y reconocido.

Federico poeta

En 1917, siendo Federico estudiante de la Facultad de Letras en la Universidad de Granada, participa en un viaje que, bajo el nombre de "Rutas Literarias", organiza el profesor de Teoría de la Literatura y de las Artes, don Martín Domínguez Berrueta. Forma parte de un grupo de estudiantes andaluces que toma el primer contacto con el paisaje y las personas de esa Castilla que redescubrieron los escritores de la Generación del 98.

Para Federico hay dos encuentros entrañables en este viaje: en Salamanca tiene la oportunidad de conocer a don Miguel de Unamuno y, de regreso ya hacia Granada, en su visita a Baeza, conoce en el instituto del pueblo a ese sencillo catedrático de Francés que escribe versos: don Antonio Machado.

A su paso por Ávila este grupo de estudiantes participa en una velada artístico-literaria, cuya crónica en el Diario de Ávila acaba de esta forma: "*Para el final de la velada, "el músico", como llaman sus compañeros al señor García Lorca, ejecutó magistralmente al piano el poema titulado El Albaicín, composición suya, obra de técnica clásica y expresión de los aires andaluces. Muy bien por el señor Lorca, digno continuador de Albéniz en la obra de reconstrucción de la música andaluza.*"

Ahora en Federico se mezcla todo: palabra, canción, recuerdos del viaje,... y todo lo recoge en rápidos trazos en unas cuartillas de donde nace su primer libro de poemas, *Impresiones y paisajes*, que ve la luz en 1918 en edición costeadada por su padre. Se trata pues, de una obra primeriza y de juventud que en alguna edición de sus Obras Completas ni siquiera se incluye.

En 1919 se traslada a Madrid en donde, después de hospedarse unos meses en pequeñas pensiones, consigue plaza en la Residencia de Estudiantes, hija predilecta de la Institución Libre de Enseñanza. En la Residencia viven ya el pintor y poeta José Moreno Villa, el cineasta Luis Buñuel, el pintor de Cadaqués Salvador

Dalí, los poetas andaluces Rafael Alberti, Manuel Altolaguirre y Emilio Prados,...

Hay también un grupo de personas que, aunque ya no son estudiantes ni viven en la Residencia, pasan por ella casi a diario: Pedro Salinas, Jorge Guillén, Antonio Machado, Miguel de Unamuno, Eugenio D'Ors, José Ortega y Gasset, Ramón Menéndez Pidal,...

Pronto Federico se hace un "hueco", no sólo físico, en la Residencia. Así lo recuerda Jorge Guillén: "Junto al poeta -y no sólo en su poesía- se respiraba un aura que él iluminaba con su propia luz. Entonces no hacía frío de invierno ni calor de verano: hacía... Federico".

En este ambiente se "destapa" el Federico poeta que escribe en el intimista *Libro de Poemas* (1921):

*Hoy siento en mi corazón
un vago temblor de estrellas,
pero mi senda se pierde
en el alma de la niebla.
La luz me troncha las alas
y el dolor de mi tristeza
va mojado los recuerdos
en la fuente de la idea [...]*

(Canción otoñal)

Del mismo año en su *Poema del Cante Jondo*, y entre 1921 y 1924 escribe *Primeras canciones y Canciones*, aunque se publicarán algunos años más tarde. Lorca está ya seguro de sí, domina la palabra y el verso pleno, y sigue un camino personalísimo de expresión. En medio de una mezcla de ingenuidad infantil y de contagiosa alegría planea la sombra indefinible de la muerte presentida:

*Si muero,
dejad el balcón abierto.*

*El niño come naranjas.
(Desde mi balcón lo veo.)*

*El segador siega el trigo.
(Desde mi balcón lo siento.)*

*¡Si muero,
dejad el balcón abierto!*

(Despedida)

El *Romancero Gitano* presenta una de las claves de Lorca: la defensa del débil, del desheredado. El *Romancero* ve la luz de la letra impresa en julio de 1928, pero puede decirse que antes de estar definitivamente acabado el *Romancero Gitano* es propiedad de todos,

pues el quehacer poético de Federico ha llegado a su cumbre y la revista malagueña *Litoral*, dirigida por Emilio Prados, publica los poemas *Romance de San Miguel*, *Preciosa y el aire* y *Prendimiento de Antoñito el Camborio*. Mientras, Federico da los últimos retoques al *Romance de la Guardia Civil* y al *Romance del martirio de Santa Olalla*.

El *Romancero Gitano*, junto con el *Poema del Cante Jondo*, es un canto a una raza de hombres apasionados que disienten de una sociedad que limita su libertad errante y que, de antemano, les señala como culpables. Lorca se sirve de la poesía para enlazar con los sentimientos de un pueblo enmudecido durante siglos.

*Juan Antonio el de Montilla
rueda muerto la pendiente,
su cuerpo lleno de lirios
y una granada en las sienas.
Ahora monta cruz de fuego,
carretera de la muerte.*

(Reyerta)

*[...] Ya suben los dos compadres
hacia las altas barandas.
Dejando un rastro de sangre.
Dejando un rastro de lágrimas.*

*Temblaban en los tejados
Farolillos de hojalata.
Mil panderos de cristal
herían la madrugada. [...]*

(Romance sonámbulo)

*[...] Antonio Torres Heredia,
Camborio de dura crin,
moreno de verde luna
voz de clavel varonil:
¿Quién te ha quitado la vida
cerca del Guadalquivir?
Mis cuatro primos Heredías
hijos de Benamejí.
Lo que en otros no envidiaban,
ya lo envidiaban en mí.
Zapatos color corinto,
medallones de marfil,
y este cutis amasado
con aceituna y jazmín. [...]*

(Muerte de
Antoñito el Camborio)

Entre la publicación de *Impresiones y Paisajes* en 1918 y el homenaje a Góngora en 1927, Federico se deja arrastrar por la implacable rueda de la historia: los acontecimientos históricos se mezclan y se confunden con los principales hechos culturales y políticos del siglo.

Pero ese Federico de la alegría contagiosa comenta a sus más íntimos que necesita salir de la penumbra sentimental en que se encuentra. La oportunidad le viene a través de su antiguo catedrático de Derecho Político en Granada, don Fernando de los Ríos que, enterado de su situación, le anima a que le acompañe a hacer un viaje a Estados Unidos.

Y hacia allí parten a principios de 1929. En Nueva York se encuentra Lorca con viejos conocidos españoles como Gabriel García Maroto, el editor de su *Libro de Poemas*, Dámaso Alonso, Ángel del Río, el torero Ignacio Sánchez Mejías, y conoce a León Felipe.

Nueva York supone también un vuelco para lo más íntimo de su espíritu: el ghetto negro de Harlem es para él la traslación a Nueva York de los barrios gitanos de Granada, el grito de Harlem es la réplica de la pena sollozada en el cante de las cuevas del Albaicín. Federico llega a sentir por los negros la misma pasión que por los gitanos y de nuevo se alinea en la defensa del débil que no tiene posibilidades de defenderse a sí mismo frente a toda una sociedad que le acosa.

*¡Ay Harlem! ¡Ay Harlem! ¡Ay Harlem!
¡No hay angustia comparable a tus ojos oprimidos,
a tu sangre estremecida dentro del eclipse oscuro,
a tu violencia granate sordomuda en la penumbra,
a tu gran rey prisionero con su traje de conserje! [...]*

(Oda al rey de Harlem)

Los diez meses de estancia en Nueva York transmiten a Federico un cierto sentimiento de tragedia, soledad, falta de libertad. Sueña con volver a España, pero el Instituto Hispano-Cubano de Cultura le invita a dar una serie de conferencias y recitales, por lo que el regreso se demora hasta el verano de 1930.

Este año de estancia en América le supone también el contacto con las vanguardias mundiales de la cultura. Poco tiempo después de su vuelta a España declara: "*El teatro nuevo avanzado de formas y teoría es mi mayor preocupación. Nueva York es un sitio único para tomarle el pulso al nuevo arte teatral*".

Federico dramaturgo

A comienzos de 1927 el poeta reaviva y da nuevo impulso a todos sus proyectos. Tras varios tanteos juveniles e indecisos, quiere acercar la poesía al teatro: "...el teatro necesita que los personajes que aparezcan en la escena lleven un traje de poesía y, al mismo tiempo, que se les vean los huesos, la sangre".

En el verano de este mismo año 1927 estrena en Barcelona, con la importante ayuda de Salvador Dalí y Margarita Xirgu, *Mariana Pineda*. La obra es ante todo una pieza de teatro poético, un drama romántico que es aplaudido por el público catalán. En octubre del mismo año se estrena en Madrid con un rotundo éxito lo que, en cierta manera, hace olvidar a Lorca el fracaso que supusiera su incursión teatral de juventud con *El maleficio de la mariposa*, allá por el año 1920, casi recién llegado a Madrid.

La zapatera prodigiosa supone un gran paso hacia la madurez literaria de Federico que, por una parte, va adquiriendo el dominio de la técnica teatral y, por otra, pretende sacar la poesía de los libros para hacerla más humana a través del contacto directo con el público.

En 1931, tras la llegada de la II República, Federico crea una compañía de teatro universal, *La Barraca*, dispuesta a llevar lo mejor del teatro español a los rincones más apartados de nuestra geografía, para lo que cuenta con una subvención de 100.000 pesetas del Ministerio de Instrucción Pública.

La consagración como dramaturgo le llega a Federico con el estreno en 1933 de *Bodas de Sangre*, teatro basado en hechos reales en los que el odio y el amor son llevados hasta sus últimas consecuencias. El éxito conseguido ante crítica y público supone, por una parte, su consagración definitiva y, por otra, unos derechos de autor que le permitirán gozar de independencia económica.

Los acontecimientos se suceden vertiginosamente y Federico llega a la cima del teatro universal con *Yerma*, en la que la maternidad más augusta viene representada, paradójicamente, por una mujer estéril. El éxito es total y la calidad de la obra nadie la discute, aunque origina discrepancias entre los críticos según el signo político del diario en que escriben.

Doña Rosita la soltera o el lenguaje de las flores, que se estrena en 1935, es un ejemplo de marginación sociológica, la de doña Rosita, que ve pasar el tiempo inmóvil en su soledad mientras las demás mujeres aman, se casan, tienen hijos y ella envejece sin historia.

La casa de Bernarda Alba debería ser, según el pensamiento del autor, el tercer eslabón de una trilogía junto con *Bodas de Sangre* y *Yerma*. Como en éstas, en

La casa de Bernarda Alba los personajes viven situaciones límite captadas de un hecho de la vida real sublimado a la cumbre lírico-dramática: un ambiente familiar de pasión, silencio y secreto, impuesto por la mordaza de la tiranía materna. Pero el violento asesinato de Federico en los primeros días de la Guerra Civil (19 de agosto de 1936) impide al autor ver cerrado este ciclo completo ante el público. La obra se estrenaría años más tarde, en 1945, en Buenos Aires, siendo así el público argentino testigo excepcional de su estreno.

El otro Federico

A un Federico músico, poeta, dramaturgo, aún habría que añadir otros "Federicos", por ejemplo: el Federico dibujante que adorna sus poemas con sus propias ilustraciones, que diseña los decorados y los figurines del vestuario de sus obras teatrales, e incluso, que expone sus dibujos en la Galería Dalmau de Barcelona en 1927, o el Federico conferenciante, animador de tertulias,...

Pero ante todo hay que descubrir un Federico profundo y contestatario que denuncia la marginación racial, como hace en el *Romancero Gitano* o en *Poeta en Nueva York*, la marginación social de *Doña Rosita la soltera*, o la marginación más dolorosa y personal, la del amor homosexual que se adivina en *El diván de Tamarit* y en los *Sonetos del amor oscuro*,...

Lorca es un hombre apasionado, comprometido no con una ideología en particular, ni mucho menos partidista, sino con una historia vivida y con las gentes de su tiempo: "... En este momento dramático el mundo del artista debe llorar y reír con su pueblo. Hay que dejar el ramo de azucenas y meterse en el fango hasta la cintura para ayudar a los que buscan las azucenas".

Y hay aún un Federico más: el Federico que, aun siendo archimillonario en el manejo del vocabulario, repite hasta la saciedad palabras como: *luna, amanecer, puñales, noche, crepúsculos, sangre, sombra*,... ¿Es él quien escoge las palabras o son éstas las que le persiguen y hacen gritar como un presagio de la muerte que late en sus venas?

He aquí el testamento poético y la pregunta que a él (¿sólo a él?) le atormenta: "¿Dónde está mi sepultura?"

*Por las ramas del laurel
van dos palomas oscuras.
La una era el sol,
la otra la luna.
Vecinita, les dije,
¿dónde está mi sepultura?
En mi cola, dijo el sol.
En mi garganta, dijo la luna.*